

Con todo eso, en fundir cualquiera pieza ó joya de vaciadizo hacian ventaja á los plateros de España, porque funden un pájaro que se le anda la cabeza, la lengua y las alas. Y vacian un mono ó otro animal, que se le andan cabeza, lengua, piés y manos, y en las manos le ponen unos trebejuelos que parecen bailar con ellos. Y lo que mas es, sacan una pieza la mitad de oro y la otra mitad de plata, y vacian un pece la mitad de las escamas de oro y la otra mitad de plata; una escama de plata y otra de oro, de que se maravillaron mucho los plateros de España. Pintores habia buenos que pintaban al natural, en especial aves, animales, árboles y verduras, y cosas semejantes, que usaban pintar en los aposentos de los señores. Mas los hombres no los pintaban hermosos, sino feos, como á sus propios dioses, que así se lo enseñaban y en tales monstruosas figuras se les aparecian, y permitíalo Dios que la figura de sus cuerpos asemejase á la que tenian sus almas por el pecado en que siempre permanecian. Mas despues que fueron cristianos, y vieron nuestras imágenes de Flandes y de Italia, no hay retablo ni imágen por prima que sea, que no la retraten y contrahagan; pues de bulto, de palo ó hueso, las labran tan menudas y curiosas, que por cosa muy de ver las llevan á España, como llevan tambien los crucifijos huecos de caña, que siendo de la corpulencia de un hombre muy grande, pesan tan poco, que los puede llevar un niño, y tan perfectos, proporcionados y devotos, que hechos (como dicen) de cera, nõ pueden ser mas acabados. Habia oficiales de loza y de vasijas de barro para comer y beber en ellas, muy pintadas y bien hechas, aunque el vidriado no lo sabian; pero luego lo aprendieron del primer oficial que vino de España, por mas que él se guardaba y recataba de ellos. Otros vasos hacian de ciertas calabazas muy duras y diferentes de las nuestras, y es fruta de cierto árbol de tierras calientes. Estas las pintaban y pintan hoy dia de diversas figuras y colores muy finos, y tan asentadas, que aunque estén cien años en el agua, nunca la pintura se les borra ni quita. Y pónenles unos piés como de cálices de la misma labor. Son vasos muy lindos y vistosos. Para su vestido (mayormente de los señores y de los ministros del templo para su ministerio) hacian ropas de algodón, blancas, negras, y pintadas de diversas y muy finas colores, gruesas y delgadas, como las querian, y muchas como almaizales moriscos. Otras hacian de pelos de conejos, puesto, tejido ó engerido con hilo de algodón, que usaba la gente principal, á manera de bernias, por no haber frio, porque son muy calientes, suaves y blandas, y tan arti-

ficiosamente hechas, que parece *poderse poner allí el pelo de conejos*,¹ cosa de maravilla. En lugar de alhombros, hacian esteras de hoja de palma y de juncia, muy delicadas, y muchas de ellas muy pintadas, poniendo parte de las palmas ó de la juncia de colores entretrejidas, que podrian servir en casas de gente principal de Castilla, en lugar de paños de pared, especialmente en los veranos, por ser tan frescas, y juntamente vistosas. Habia tambien oficiales de curtir cueros de venados, leones y tigres y de otros animales, y de adobarlos maravillosamente, con pelo y sin pelo, blancos, colorados, azules, negros y amarillos, tan blandos, que hacen hoy dia guantes de ellos. Demas del calzado comun (que eran sandalias del cáñamo del maguey, que es la cepa de su vino), hacian tambien para los señores y principales, alpargates muy delicados y polidos del mismo cáñamo y de algodón, y algunos muy curiosos, pintados y dorados. Pero lo que parece exceder á todo ingenio humano, es el oficio y arte de labrar de pluma con sus mismas naturales colores, asentada, todo aquello que los muy primos pintores pueden con pinceles pintar. Solian hacer y hacen muchas cosas de pluma, como aves, animales, hombres, capas ó mantas para se cubrir, y vestimentas para los sacerdotes del templo, coronas ó mitras, rodela, moscadores, y otras maneras de cosas que se les antojaban. Estas plumas eran verdes, azules, coloradas, rubias, moradas, encarnadas, amarillas, pardas, negras, blancas, y finalmente, de todas colores, tomadas y habidas de diversas aves, y no teñidas por alguna industria humana, sino todas naturales. Y á esta causa tenian en gran precio cualquiera especie de aves, porque de todas se aprovechaban, hasta de los mas mínimos pajaritos. Pues si tratamos del tiempo presente, despues que vieron nuestras imágenes y cosas muy diferentes de las suyas, como en ellas han tenido larga materia de extender y avivar sus ingenios, es cosa maravillosa con cuánta perfeccion se ejercitan en aquella su subtil y para nosotros nueva arte, haciendo imágenes y retablos y otras cosas de sus manos, dignas de ser presentadas á príncipes y reyes y Sumos Pontífices. Y hay otra cosa de notable primor en esta arte plumaria, que si son veinte oficiales, toman á hacer una imágen todos ellos juntos, y dividiendo entre sí la figura de la imágen en tantas partes cuantos ellos son, cada uno toma su pedazo y lo van á hacer á sus casas, y despues

Arte plumaria usaban los indios.

¹ O faltan aquí algunas palabras, ó sobran las que están subrayadas. — Las omito en efecto Torquemada, que formó con este capítulo el 19 del lib. XVII de su *Monarquía Indiana*.

viene cada uno con el suyo, y lo van juntando á los otros, y de esta suerte viene á quedar la imágen tan perfecta y acabada como si un solo oficial la hubiera obrado. Y no es poco de notar que lo mismo que estos oficiales hacen de pluma, otros muy comunes y desechados hacen de rosas y flores de diversas colores, que ni mas ni menos forman una imágen de santos, y armas, y letras y todo lo que quieren, asentando las hojas de las flores y yerbas con engrudo sobre una estera, conforme á las colores que pide cada parte de las figuras y menudencias que quieren pintar, y queda la imágen ó pintura tan vistosa y graciosa, que despues que han servido en la iglesia para donde se hacen, en fiestas principales, las piden los españoles para ponerlas en sus aposentos, como imágenes perfectas y devotas. Oficiales tenian y tienen de hacer navajas de una cierta piedra negra ó pedernal. Y verlas hacer, es una de las cosas que por maravilla se pueden ir á ver entre los indios. Y hácenlas (si se puede dar á entender) de esta manera: siéntanse en el suelo y toman un pedazo de aquella piedra negra, que es cuasi como azabache y dura como pedernal, y es piedra que se puede llamar preciosa, más hermosa y reluciente que alabastro y jaspe, tanto que de ella se hacen aras y espejos. Aquel pedazo que toman es de un palmo ó poco mas largo, y de grueso como la pierna ó poco menos, y rollizo. Tienen un palo del grueso de una lanza y largo como tres codos ó poco mas, y al principio de este palo ponen pegado y bien atado un trozo de palo de un palmo, grueso como el molledo del brazo, y algo mas, y este tiene su frente llana y tajada, y sirve este trozo para que pese mas aquella parte. Juntan ambos piés descalzos, y con ellos aprietan la piedra con el pecho, y con ambas las manos toman el palo que dije era como vara de lanza (que tambien es llano y tajado) y pónenlo á besar con el canto de la frente de la piedra (que tambien es llana y tajada), y entonces aprietan hácia el pecho, y luego salta de la piedra una navaja con su punta y sus filos de ambas partes, como si de un nabo la quisiesen formar con un cuchillo muy agudo, ó si como la formasen de hierro al fuego, y despues en la muela la aguzasen y últimamente le diesen filos en las piedras de afilar. Y sacan ellos en un credo de estas piedras, en la manera dicha, como veinte ó mas navajas. Salen estas cuasi de la misma hechura y forma de las lancetas con que nuestros barberos acostumbran sangrar, salvo que tienen un lomillo por medio, y hácia las puntas salen graciosamente algo combadas. Cortarán y raparán la barba y cabello con ellas, y de la primera vez y primero

Figuras de flores que labran los indios.

Navajas de piedra, cómo las hacen los indios.

tajo, poco menos que con una navaja acerada; mas al segundo corte pierden los filos, y luego es menester otra y otra para acabar de raparse el cabello ó barba, aunque á la verdad son baratas, que por un real darán veinte de ellas. Finalmente, muchas veces se han afeitado españoles seglares y religiosos con ellas. Mas ciertamente verlas sacar es cosa de admiracion, y haber acertado en el arte de sacarlas, no es pequeño argumento de la viveza de los ingenios de los hombres que tal manera de invencion hallaron. Y aunque sea cosa de juego (por ser de tanta subtileza y destreza), quiero añadir aquí uno que usaban mucho los indios en sus fiestas y regocijos, y ahora lo veo usar muy poco, y es de esta manera. Entra un indio con un palo rollizo cargado al hombro, de hasta nueve ó diez palmos en largo, y grueso cuasi como un eje de carreta, y para ornato del juego acompañanle otros siete ó ocho indios disfrazados al traje de otra nacion de indios que llaman guastecos, cantando y bailando al modo que aquellos usan, al són de un atabalejo, y cercan al indio que trae el palo, el cual lo pone en el suelo atravesado á la parte donde estando echado ha de tener la cabeza. Y habiéndose compuesto y quedado con poca ropa, tiéndese en el suelo de espaldas de largo á largo, y volviendo los piés contra la cabeza y haciéndose una rosca, luego con los piés va á coger el palo que puso atravesado á su cabecera, y cogido lo levanta y arroja en alto, y vuelve á cogerlo con los piés de punta y de llano, y lo vuelve y lo revuelve, y lo torna á echar en alto y lo recibe treinta veces, y hace otras mil diferencias jugando con el palo, como podria hacer con una pelota de las nuestras un diestro jugador con las manos, sin que otra cosa de su cuerpo toque al palo ni se ayude sino de solos los piés. Y muchas veces parece que le va á dar en la cabeza (que si le diese le hundiria los cascos), y cuando menos catamos acude con el un pié y lo recoge, y con el otro lo arroja en alto. Y esto dura cuanto él quiere, hasta que se cansan los que lo están mirando, ó él acuerda de dejallo.

Juego del palo, cosa de ver.

CAPÍTULO XIII.

De cómo los indios aprendieron los oficios mecánicos que ignoraban, y se perficionaron en los que de antes usaban.

EL primero y único seminario que hubo en la Nueva España para todo género de oficios y ejercicios (no solo de los que pertenecen al servicio de la iglesia, mas tambien de los que sirven al uso de

Seminario de oficios, la capilla de S. José.

los seglares), fué la capilla que llaman de S. José, contigua á la iglesia y monesterio de S. Francisco de la ciudad de México, donde residió muchos años, teniéndola á su cargo, el muy siervo de Dios y famoso lego Fr. Pedro de Gante, primero y principal maestro y industrioso adestrador de los indios. El cual no se contentando con tener grande escuela de niños que se enseñaban en la doctrina cristiana, y á leer y escribir y cantar, procuró que los mozos grandecillos se aplicasen á deprender los oficios y artes de los españoles, que sus padres y abuelos no supieron, y en los que antes usaban se perficionasen. Para esto tuvo en el término de la capilla algunas piezas y aposentos dedicados para el efecto, donde los tenia recogidos, y los hacia ejercitar primeramente en los oficios mas comunes, como de sastres, zapateros, carpenteros, pintores y otros semejantes, y despues en los de mayor sutileza, que por ventura si este devoto religioso en aquellos principios con su cuidado y diligencia no los aplicara y aficionara á saber y deprender (segun ellos de su natural son dejados y muertos, mayormente en aquel tiempo que estaban como atónitos y espantados de la guerra pasada, de tantas muertes de los suyos, de su pueblo arruinado, y finalmente, de tan repentina mudanza y tan diferente en todas las cosas), sin duda se quedaran con lo que sus pasados sabian, ó á lo menos tarde y con dificultad fueran entrando en los oficios de los españoles. Mas como comenzaron á desenvolverse con aquel ordinario ejercicio, y se acodiciaron algo al provecho que se les pegaba (demas de ser ellos como monas, que lo que ven hacer á unos lo quieren hacer los otros), de esta manera muy en breve salieron con los oficios más de lo que nuestros oficiales quisierán. Porque á los que venian de nuevo de España, y pensaban que como no habia otros de su oficio habian de vender y ganar como quisiesen, luego los indios se lo hurtaban por la viveza grande de su ingenio y modos que para ello buscaban exquisitos, como arriba en el capítulo treinta y uno del tercero libro se dijo, de los que hurtaron su oficio al primer tejedor sayalero que vino de España. Un batihoja batidor de oro, el primero que vino, pensó encubrir su oficio, y decia que era menester estar un hombre seis ó siete años por aprendiz para salir con él. Mas los indios no aguardaron á nada de esto, sino que miraron á todas las particularidades del oficio disimuladamente, y contaron los golpes que daba con el martillo, y dónde heria, y cómo volvía y revolvía el molde, y antes que pasase el año sacaron oro batido, y para esto tomaron al maestro un librito de prestado, que él no lo

Oficios que de nuevo aprendieron los indios.

vió hasta que se lo volvieron. Este mismo era oficial de hacer guadamecés, y recatábase todo lo posible de los indios en lo que obraba, en especial que no supiesen dar el color dorado y plateado. Los indios, viendo que se escondia de ellos, acordaron de mirar los materiales que echaba, y tomaron de cada cosa un poquito, y fuéronse á un fraile, y dijéronle: «Padre, dínos adónde venden esto que traemos. Que si nosotros lo habemos, por mas que el español se nos esconda, haremos guadamecés, y les daremos el color dorado y plateado como los maestros de Castilla.» El fraile (que debia de ser Fr. Pedro de Gante, y holgaba que hiciesen estas travesuras), díjoles donde hallarian á comprar los materiales, y traídos hicieron sus guadamecés. Cuando quisieron contrahacer los indios las sillas de la gineta, que comenzaba á hacer un español, acertaron á todo lo que para ella era menester, su coraza y sobrecoraza y bastos, mas no atinaban á hacer el fuste. Y como el sillero tuviese un fuste (como es costumbre) á la puerta de su casa, aguardaron á que se entrase á comer, y llevaron el fuste para sacar otro. Y sacado, otro día á la misma hora que comia tornaron á poner el fuste en su lugar. Lo cual como vió el sillero, luego se temió que su oficio habia de andar por las calles en manos de indios (como los otros oficios), y así fué de hecho, que desde á seis ó siete días vino un indio vendiendo fustes por la calle, y llegando á su casa le preguntó si le queria comprar aquellos fustes y otros que tenia hechos, de que al bueno del sillero le tomó la rabia y quiso darle con ellos en la cabeza, porque él, como era solo en el oficio, vendia su obra como queria, y puesta en manos de indios habia de bajar en harto menos precio. Uno de los oficios que primeramente sacaron con mucha perfeccion fué el hacer campanas, así en las medidas y grueso que la campana requiere en las asas y en el medio, como en el borde, y en la mezcla del metal, segun el oficio lo demanda. Y así fundieron luego muchas campanas, chicas y grandes, muy limpias y de buena voz y sonido. El oficio de bordar les enseñó un santo fraile lego, italiano de nacion (aunque criado en España), llamado Fr. Daniel, de quien se hizo memoria en el capítulo quinto de este libro, que trata de la provincia de Michuacan y Jalisco, adonde se fué á vivir y morir, dejando en esta de México muchos ornamentos, no costosos, mas curiosos y vistosos, hechos de su mano y de los indios sus discípulos. En los oficios que de antes sabian se perficionaron los indios despues que vieron las obras que hacian los españoles. Los canteros, que eran curiosos en la escultura (como queda dicho),

y labraban sin hierro con solas piedras cosas muy de ver, despues que tuvieron picos y escodas y los demas instrumentos de hierro, y vieron obras que los nuestros hacian, se aventajaron en gran manera, y así hacen y labran arcos redondos, escacianos y terciados, portadas y ventanas de mucha obra, y cuantos romanos y bestiones han visto, todo lo labran, y han hecho muchas muy gentiles iglesias y casas para españoles. Lo que ellos no habian alcanzado y tuvieron en mucho cuando lo vieron, fué hacer bóvedas, y cuando se hizo la primera (que fué la capilla de la iglesia vieja de S. Francisco de México, por mano de un cantero de Castilla), maravilláronse mucho los indios en ver cosa de bóveda, y no podian creer sino que al quitar de los andamios y cimbria, todo habia de venir abajo. Y por esto cuando se ovieron de quitar los andamios, ninguno de ellos osaba andar por debajo. Mas visto que quedaba firme la bóveda, luego perdieron el miedo. Y poco despues los indios solos hicieron dos capillitas de bóveda, que todavía duran en el patio de la iglesia principal de Tlaxcala, y despues acá han hecho y cubierto muy excelentes iglesias de bóveda y casas de bóveda en tierras calientes. Los carpenteros, aunque cubrian de buena madera bien labrada las casas de los señores, y hacian otras obras de sus manos, es ahora muy diferente lo que hacen, porque labran de todas maneras de carpentería y imágenes de talla, y todo lo que los muy diestros artífices ó arquitectos usan labrar. Y finalmente, esto se puede entender por regla general, que cuasi todas las buenas y curiosas obras que en todo género de oficios y artes se hacen en esta tierra de Indias (á lo menos en la Nueva España), los indios son los que las ejercitan y labran, porque los españoles maestros de los tales oficios, por maravilla hacen mas que dar la obra á los indios y decirles cómo quieren que la hagan. Y ellos la hacen tan perfecta, que no se puede mejorar.

CAPÍTULO XIV.

De cómo los indios fueron enseñados en la música y en lo demas que pertenece al servicio de la iglesia, y lo que en ello han aprovechado.

No menos habilidad mostraron para las letras los indios, que para los oficios mecánicos. Porque luego con mucha brevedad aprendieron á leer, así nuestro romance castellano como el latin, y tirado

ó letra de mano. Y el escribir, por el consiguiente, se les dió con mucha facilidad, y comenzaron á escribir en su lengua y entenderse y tratarse por cartas como nosotros, lo que antes tenian por maravilla que el papel hablase y dijese á cada uno lo que el ausente le queria dar á entender. Contrahacian al principio muy al propio las materias que les daban, y si les mudaban el maestro, luego ellos mudaban la forma de la letra en la del nuevo maestro. En el segundo año que les comenzaron á enseñar, dieron á un muchacho de Tezcucuo por muestra una bula, y sacóla tan al natural, que la letra que hizo parecia el mismo molde. Puso el primer renglon de letra grande como estaba en la bula, y abajo sacó la firma del comisario y un Jesus con una imágen de Nuestra Señora, todo tan al propio, que no parecia haber diferencia del molde á la que él sacó. Y por cosa notable y primera la llevó un español á Castilla para la mostrar y dar que ver con ella. Despues se fueron haciendo muy grandes escribanos de todas letras, chicas y grandes, quebradas y góticas. Y los religiosos les ayudaron harto á salir escribanos, porque los ocupaban á la continua en escribir libros y tratados que componian ó trasuntaban de latin ó romance en sus lenguas de ellos. Yo llevé el año de setenta (que fuí á España) un libro del *Contemptus mundi*, vuelto en lengua mexicana, escrito de letra de indio, tan bien formada, igual y graciosa, que de ningun molde pudiera dar mas contento á la vista. Y mostrándolo al licenciado D. Juan de Ovando, que á la sazón era presidente en el consejo de Indias, agradóle tanto, que se quedó con él, diciendo que lo queria dar al rey D. Felipe nuestro señor. Demas del escribir, comenzaron luego los indios á pautar y apuntar, así canto llano como canto de órgano, y de ambos cantos hicieron gentiles libros y salterios de letra gruesa para los coros de los frailes, y para sus coros de ellos con sus letras grandes muy iluminadas. Y no iban á buscar quien se los encuadernase, porque ellos juntamente lo aprendieron todo. Y lo que mas de notar es, que sacaban imágenes de planchas de bien perfectas figuras, que cuantos las veian se espantaban, porque de la primera vez las hacian ni mas ni menos que la plancha. El tercero año los pusieron en el canto, y algunos se reian y burlaban de los que los enseñaban, y otros los estorbaban diciendo que no saldrian con ello, así porque parecian desentendados como porque mostraban tener flacas voces. Y á la verdad no las tienen comunmente, ni pueden tener tan recias ni tan suaves como los españoles, andando (como andan) descalzos y mal arropados, y comiendo poco y flacas viandas. Pero como hay muchos

Escribanos indios.

1570.

1527.

Cantores indios.

en que escoger, siempre hay buenas capillas y algunos contrabajos, altos, tenores y tiples que pueden competir con los escogidos de las iglesias catedrales, y en comun todos ellos salen con el canto, lo que no es entre nosotros, que por mucho que en ello se ejerciten, hay muchos que poco ni mucho saldrán con ello. El primero que les enseñó el canto, juntamente con Fr. Pedro de Gante, fué un venerable sacerdote viejo, llamado Fr. Juan Caro, que bien barato y cumplido se mostraba con ellos, pues sin saber palabra de su lengua ni ellos de la española, se estaba todo el dia enseñándoles, y hablando y platicándoles las reglas del canto en romance, tan de propósito y sin pesadumbre, como si ellos fueran meros españoles. Y los muchachos estaban la boca abierta mirándole, y oyéndole muy atentos á ver lo que queria decir. Y aunque algunos de los nuestros tomaban ocasion de reirse de esta su tanta bondad y flema, de otra manera la consideraba aquel Señor que se agrada de los corazones sencillos y llanos. Y así la favoreció, obrando como poderoso Artífice entre aquel maestro y sus discípulos, que poco ni mucho no se entendian; de suerte que sin medio de otro intérprete, los muchachos en poco tiempo le entendieron, de tal manera, que no solo deprendieron y salieron con el canto llano, mas tambien con el canto de órgano. Y despues acá unos á otros se lo van enseñando. Y hay entre ellos muchos muy diestros cantores y maestros de capilla, tanto que en cada capilla de cantores hay cuatro y cinco y seis y mas, que se van cada año remudando en el oficio de maestros y capitanes que guian y rigen á los otros. La primera cosa que aprendieron y cantaron los indios fué la misa de Nuestra Señora, que comienza en el introito *Salve, Sancta parens*. No hay pueblo de cien vecinos que no tenga cantores que oficien las misas y vísperas en canto de órgano con sus instrumentos de música. Ni hay aldea, apenas, por pequeña que sea, que deje de tener siquiera tres ó cuatro indios que canten cada dia en su iglesia las horas de Nuestra Señora. Los primeros instrumentos de música que hicieron y usaron, fueron flautas, luego chirimías, despues orlos, y tras ellos vihuelas de arco, y ahora cornetas y bajones. Finalmente, no hay género de música en la iglesia de Dios, que los indios no la tengan y usen en todos los pueblos principales, y aun en muchos no principales, y ellos mismos lo labran todo, que ya no hay para que traerlo de España como solian. Una cosa puedo afirmar con verdad, que en todos los reinos de la cristiandad (fuera de las Indias) no hay tanta copia de flautas, chirimías, sacabuches, orlos, trom-

Menestres musicales, grande copia entre los indios.

petas y atabales, como en solo este reino de la Nueva España. Organos tambien los tienen todas cuasi las iglesias donde hay religiosos, y aunque los indios (por no tener caudal para tanto) no toman el cargo de hacerlos, sino maestros españoles, los indios son los que labran lo que es menester para ellos, y los mismos indios los tañen en nuestros conventos. Los demas instrumentos que sirven para solaz y regocijo de personas seglares, los indios los hacen todos, y los tañen; rabeles, guitarras, cítaras, discantes, vihuelas, arpas y monacordios, y con esto se concluye que no hay cosa que no hagan. Y lo que mas es, que pocos años despues que aprendieron el canto, comenzaron ellos á componer de su ingenio villancicos en canto de órgano á cuatro voces, y algunas misas y otras obras, que mostradas á diestros cantores españoles, decian ser de escogidos juicios, y no creian que pudiesen ser de indios. Sobre enseñarles la gramática latina ó latinidad hubo muchos pareceres, así entre los frailes como entre otras personas, y antes que se la enseñasen, tuvieron muchas contradicciones con razones aparentes que los de la contraria opinion daban. Mas al fin prevaleció la razon verdadera de que era justo que á lo menos algunos de estos naturales entendiesen en alguna manera lo que contiene la sagrada Escritura, y los libros de los sagrados doctores, así para que ellos mismos se fijasen y fortaleciesen mas de veras en las cosas de nuestra santa fe, como para que pudiesen satisfacer á los otros indios de cuán diferentemente íbamos fundados los cristianos en lo que creemos y seguimos, de lo que ellos y los demas gentiles habian creido y seguido, sin fundamento, ni camino, ni rastro de alguna verdad. Á los principios pasóse trabajo grande, y hallaron no poca dificultad los religiosos de nuestra orden, que eran sus maestros; porque puesto caso que sabian muy bien su lengua, como en ella nunca se habian tratado semejantes materias, no hallaban términos con que les explicar las reglas gramaticales, y así era muy poco lo que aprovechaban, y cuasi desmayaban y desconfiaban los discípulos y aun los maestros. Mas como en todas las demas cosas en que los siervos de Dios en el principio hallaban dificultad, tuvieron propicio el auxilio divino, así cuando plugo al Espíritu Santo (que es el verdadero Maestro de todas las artes y ciencias) de abrirles los entendimientos, vieron la puerta que el Señor les abria, y hallaron términos de nuevo compuestos, por donde con facilidad se pudieron declarar y dar á entender las reglas de la gramática, y así en pocos años salieron tan buenos latinos, que hacian y componian versos muy medidos, y

Sap. 7.

largas y cóngruas oraciones en presencia de los vireyes y de los preladados eclesiásticos, como se dirá en el capítulo siguiente.

CAPÍTULO XV.

De la fundacion del colegio de Santa Cruz, que se edificó en la ciudad de México para enseñar á los indios en todo ejercicio de letras.

Colegio de Santa Cruz en Tlatelulco.

COMENZÓSE á leer la gramática á los indios en el convento de S. Francisco de México en la capilla de S. José, adonde era su comun recurso para ser enseñados en la doctrina cristiana y en todas las artes y ejercicios en que su buen padre y guiador Fr. Pedro de Gante (como se ha dicho) procuraba de los imponer. El primero maestro que tuvieron de la gramática fué Fr. Arnaldo de Bassacio, de nacion frances, doctísimo varon y gran lengua de los indios, con quien aprovecharon en sus principios tanto, que visto su aprovechamiento por el buen virey D. Antonio de Mendoza (padre verdadero de los indios), dió orden cómo se edificase un colegio en un barrio principal de México, un cuarto de legua de S. Francisco (donde los frailes menores tenemos otro segundo convento con iglesia de la vocacion del apóstol Santiago, y el barrio se dice Tlatelulco), para que el guardian de aquel convento tuviese á su cargo la administracion del colegio, y no embarazase este estudio á los frailes del convento principal. El mismo virey D. Antonio edificó el colegio á su costa, y le dió ciertas estancias y haciendas que tenia, para que con la renta de ellas se sustentasen los colegiales indios que habian de ser enseñados, y estos fuesen niños de diez á doce años, hijos de los señores y principales de los mayores pueblos ó provincias de esta Nueva España, trayendo allí dos ó tres de cada cabecera ó pueblo principal, porque todos participasen de este beneficio. Esto se cumplió luego, así por ser mandato del virey, como porque los religiosos de los conventos ponian diligencia en escoger y nombrar en los pueblos donde residian, los que les parecian mas hábiles para ello, y compelian á sus padres á que los enviasen. De esta manera se juntarian al pié de cien niños ó mozuelos para el tiempo que les fué señalado. Esta fundacion del colegio de Santa Cruz se hizo con mucha autoridad, porque se hizo solemne procesion desde S. Francisco de México, donde se juntaron el virey D. Antonio de Mendoza y el obispo de México D. Fr. Juan

Zumárraga, y el obispo de Santo Domingo D. Sebastian Ramirez, presidente que habia sido de la real audiencia de México (que aun no era ido), y con ellos toda la ciudad. Predicáronse tres sermones aquel dia. El primero predicó el doctor Cervantes en S. Francisco, antes que la procesion saliese. El segundo, Fr. Alonso de Herrera, en Santiago, al tiempo de la misa. El tercero, Fr. Pedro de Rivera; todos tres hombres muy doctos y de mucha autoridad, y este último predicó en el refitorio de los frailes de aquel convento de Santiago, donde comieron aquellos señores á costa del buen obispo Zumárraga. Estos niños colegiales fueron allí criados y doctrinados con mucho cuidado. Comian todos juntos como frailes en su refitorio, que lo tienen muy bueno. Su dormitorio es una pieza larga, como dormitorio de monjas, las camas de una parte y de otra sobre unos estrados de madera, por causa de la humedad, y la calle en medio. Cada uno tenia su frazada y estera, que para indios es cama de señores, y cada uno su cajuela con llave para guardar sus libros y ropilla. Toda la noche tenian lumbre en el dormitorio y guardas que miraban por ellos, así para la quietud y silencio, como para la honestidad. Á prima noche decian los maitines de Nuestra Señora, y las demas horas á su tiempo, y en las fiestas cantaban el *Te Deum laudamus*. En tañendo á prima los frailes (que es luego en amaneciendo), se levantaban, y todos juntos en procesion iban á la iglesia vestidos con sus hopas, y dichas las horas de Nuestra Señora en un coro bajo que tienen, oian una misa, y de allí se volvian al colegio á oir sus lecciones. En las fiestas se hallaban á la misa mayor y la cantaban. Tuvieron notables y gravísimos maestros; en la latinidad (despues de Fr. Arnaldo de Bassacio) á Fr. Bernardino de Sahagun y á Fr. Andrés de Olmos, y en la retórica, lógica y filosofía al doctísimo Fr. Juan de Gaona, todos ellos excelentísimas lenguas mexicanas, pues con verdad se puede decir que ninguno les ha hecho ventaja despues que se descubrió esta tierra. Ninguna cosa hay en este mundo, por buena y provechosa que sea, que deje de tener contradiccion, porque segun son diversos los gustos de los hombres, lo que á unos contenta á otros desagrada. Y así este colegio y el enseñar latin á los indios, siempre tuvo sus contradictores. Algunos años (que podemos llamar tiempos dorados) fué favorecida esta obra todo el tiempo que gobernó su fundador D. Antonio, y despues su sucesor D. Luis de Velasco el viejo, que siendo informado no bastaba la renta del colegio para sustentar tantos colegiales, hizo de ello relacion al Emperador, de gloriosa memoria, y de su man-